

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Educacion Física, por don A. Pirala.—En un Album, por don J. A. Viedma.—El Señor Trabajo (Leyenda americana), por don J. Perez.—Una Buena Accion, por doña Juana Olivares.—Labores, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Teatros.

INSTRUCCION.

EDUCACION FÍSICA.



ENTRE nosotros, la educacion fisica está bastante desatendida.

La educacion que no desarrolle á la vez, y con igual esmero, que las facultades del entendimiento y del corazon, las del cuerpo, no es completa; y por esto se divide en fisica, intelectual y moral; ocupando el primer lugar la que motiva este artículo, porque es la salud el primero de los bienes, porque es la base natural de todo género de educacion. El que no goza salud, no puede dedicarse con gusto, ni con asiduidad, ni provecho al estudio; y la salud y el vigor no solo son de suyo dos bienes preciosos, sino que ejercen una influencia directa en nuestra inteligencia. La energia moral no puede darse sin la energia fisica.

La historia, prescindiendo de nuestra propia razon y esperiencia, nos demuestra el grande y provechoso influjo de la educacion fisica en la suerte de las naciones y en el bienestar de sus individuos. Reconocido así desde la mas remota antigüedad por los pueblos mas cultos, rindiéronla el tributo que su importancia merecia, elevándose sobre los que la desatendieron, á la par que mejoraban la condicion de los ciudadanos.

Los ejercicios que tienden á dar al cuerpo agilidad,

vigor y destreza, formaban ya un arte nueve siglos antes, por lo menos, de la venida de Jesucristo, arte intitulada *gimnástica* (1), á la que Grecia y Roma dieron el valor que tiene, y á que debieron su superioridad y sus victorias sobre otros pueblos. Tanto apreciaron una y otra la educacion corporal, que desde la escuela primaria preparaban á los niños para las fatigas de la guerra.

Anterior á Homero y á Hipócrates, que ya describen, heroicamente el uno y médicamente el otro, los ejercicios gimnásticos; Atenas modificó la gimnástica de los primitivos tiempos, ruda sin duda y empírica, violenta y esencialmente guerrera, y la redujo á ciencia. Pero antes de dar de ella idea y de reseñar su historia, dirémos dos palabras sobre la gimnástica de la remota edad.

Ocupacion entonces principal de los pueblos la guerra, propio era de su condicion social que tratasen de formar soldados robustos, endurecidos y hábiles, tanto en el manejo de las armas, como en las luchas de hombre á hombre, llamadas *pugilato*. La *Iliada* refiere varias de estas luchas, entre ellas la de Ajax y Ulises, y en la *Eneida* encontramos relaciones parecidas, y marcado el sello de ferocidad que las distinguia.

Grecia se halló con esta gimnástica bárbara, y su cultura la despojó del carácter sanguinario que presentaba. Tres *gymnaicos* (2) nada menos abrió á la juventud la civilizada Atenas, rodeados de jardines, en los cuales se ejercitaba en el salto y la carrera, el

(1) Palabra derivada de *gimnos*—desnudo—porque los atletas se despojaban de sus vestidos para mayor libertad.

(2) Edificios públicos destinados á los ejercicios, palabra derivada tambien de la griega *gimnos*.

pugilato y otras luchas. Muchos oficiales cuidaban de la direccion y administracion de cada gimnaico, á cuyo frente se hallaba un magistrado distinguido, con el nombre de *gymnasiarca*.

Esta organizacion hace creer desde luego que en los gimnaicos de Atenas, inmediatos al pórtico donde Sócrates enseñaba las sublimes verdades de la filosofia, no podian reproducirse las horribles escenas de los primeros tiempos, por mas que pudiera suponer lo contrario la continuacion del pugilato, en que sobresalió Teseo por su destreza, y de que instituyó escuelas públicas, llamadas *palestras*. Los griegos elevaron la lucha á tal grado de perfeccion, la despojaron tanto de sus riesgos, que tambien se ejerció en ella el sexo débil. Las mujeres acostumbradas á los ejercicios de los hombres, encontraban en una varonil y severa educacion, los elementos de aquella fuerza física y moral que debia formar despues los héroes de la patria. En algunos puntos luchaban hasta con los jóvenes; y tan afecto ha sido este pueblo á este ejercicio de fuerza, que aun se conserva en la Morea.

Roma, solícita siempre por tomar de los estraños todo lo bueno, introdujo á poco la gimnástica de los griegos, y ya *Tarquino* el anciano, hizo construir un circo para la juventud romana, que se ejercitaba en un vasto circuito empalizado. A la gimnasia debió el soldado romano su fortaleza y movilidad; y cuando á los varoniles ejercicios del circo sucedieron espectáculos sangrientos, y á la sencillez de los primeros siglos el lujo y molicie de los posteriores, afeminóse Roma, y fué presa de los bárbaros del Norte, á cuyo vigor no pudo resistir degenerada.

Los trastornos que sufrió la Grecia, y la modificacion en las costumbres de los romanos, extinguieron la gimnástica, que apenas halló la invasion germánica.

Desconocióla totalmente la edad media, que tuvo, sin embargo, su gimnástica. Ni podia ser de otro modo atendidas sus condiciones. Guerrera, no debia entregarse durante la paz á espectáculos que la enervasen, y de aquí las justas y torneos, los campos cerrados y ejercicios de equitacion, esgrima y lanza, que conservando sus hábitos militares, fuesen á la vez que un reflejo de las batallas, escuela práctica de la guerra.

La gimnástica de la edad media, ruda tambien como la de la antigüedad, por idéntico su objeto, comenzó á ser suavizada por el siglo undécimo, y fué perdiendo desde entonces mucha de su aspereza, gracias á la mujer, que se apoderó de esta parte de la educacion, y la imprimió su natural dulzura.

La caballería, nacida de los excesos del feudalismo, y para reprimirlos, educaba física y militarmente á los jóvenes que aspiraban á esta órden, y las damas aleccionaban en la galanteria y finura á los que deseaban distinguirse por sus hechos de armas en defensa de la sociedad avasallada.

La bella mitad del género humano comprendió, en los siglos de hierro, que debia poner algo de su parte á la obra hermosa de la civilizacion, protegiendo al débil, y se asoció á esta empresa interesándose en la caballería, y haciéndola interesante á la juventud apasionada.

Pero una invencion acabó casi con la pelea personal, igualando al diestro con el que lo era menos, al fuerte y al débil, y ante la pólvora no tuvieron importancia aquellos juegos.

Solo un Estado, y pequeño, instituyó despues á imitacion de los antiguos, un juego, el de la pelota de viento. *Juan de Médicis* le introdujo en sus tropas, y destinó á él para todos la gran plaza de *Santa Cruz de Florencia*. En Inglaterra existe el pugilato con el nombre de *boj*, y si bien son de admirar los *bojeadores* por su constitucion atlética y vigorosa, es horrible, algo mas que nuestro espectáculo tauromáquico, el de dos hombres que se maltratan á puñetazos, hasta el punto de perecer alguno.

Entre nosotros se conoce tambien en el ejercicio de la carrera, ó de la *meta*, que se conserva en algunas localidades de Valencia; y sabido es que el juego de pelota, tan gimnástico, habitual de los pueblos vascongados y navarros, en el cual sobresalen, y al que deben sin duda en mucho su agilidad y robustez, viene á ser ademas de público, oficial, pues que se destina á él en todas partes un local conveniente.

A. PIRALA.

LITERATURA.

EN UN ALBUM.

—¿Quién eres y qué murmuras
de la sierra por la falda,
tu corriente al tributarme
gota á gota como lágrimas?

¿Por qué en tu márgen hay flores
y no las hay en mis playas?
¿Por qué las aves no buscan
como las tuyas, mis aguas?

Yo soy el mar, cuyas olas
hasta el cielo se levantan,
y tú aunque al saberlo llores
naciste mi tributaria.

—No te envidio, mar gigante,
contestó la fuente clara;
por tu soberbia, tus olas
siempre están crespas y amargas.

Y por eso de tu orilla
huyen las flores lozanas,
y nunca en tu impuro líquido
las aves su sed apagan.

Yo con mi dulzura halago,
tú con tu bravura espantas:
para tí la eterna lucha,
para mí la eterna calma.

Niña gentil, alma virgen
como las flores lozana,
como la fuente del monte
siempre pura, siempre clara.

¡Ojalá que nunca turben
tu existencia dulce y casta
las olas de la soberbia,
siempre crespas, siempre amargas!

¡Ojalá que cual tus ojos
del cielo el color retratan,
la fuente del monte sea
pura imagen de tu alma!

J. A. VIEDMA.

EL SEÑOR TRABAJO.

Leyenda americana

Por Nathaniel Hawthorne.

Al trabajoso sudor
nació el hombre condenado.

Conocíamos nosotros á un niño á quien se puso el nombre de Narciso, porque semejante á esta flor, pasaba el día mirándose al espejo como aquella al cristal de las aguas; ningún trabajo le agradaba, ni se complacía sino en jugar y divertirse. Mientras Narciso fué pequeño, su madre le cuidó con cariño, pero cuando estuvo en edad de aprender, le sacó de casa y le confió á un maestro de escuela llamado el señor Trabajo. Los que trataban con intimidad al señor Trabajo aseguraban que era un hombre muy digno, aunque algo severo, y que familiarizándose con él, los

niños concluían por mirarle con afición. Se afirmaba además que había hecho mucho bien á los hombres, y ciertamente no le habrían faltado ocasiones para ello, si como se decía habitaba la tierra desde el día en que el Ángel del Señor echó á Adam del Paraíso.

El señor Trabajo tenía una figura severa, y aun repugnante para los chicos inclinados á la ociosidad: su voz era áspera, y sus maneras adustas se adaptaban muy mal con las adamas y pulidas de Narciso.

El maestro pasaba todo el día en la escuela vigilando á sus discípulos, sentado en su bufete, ó paseándose entre las mesas con la varilla en la mano. Tan pronto sacudía un latigazo á un niño que no se sabía la lección, como castigaba á una clase entera á quien sorprendía jugando. De modo que solo con mucha aplicación y sin levantar los ojos del libro, podían los muchachos estar tranquilos y sin temor del castigo.

—Nunca podré acostumbrarme á esta vida, decía para sí Narciso llorando.

Nada tenía de extraño que Narciso estuviese descontento al lado de tan intratable maestro, si se considera que hasta entonces no se había separado de su madre, señora de una fisonomía dulce, y que era muy indulgente con su hijo, á quien daba continuamente juguetes y frutas, en lugar de que el señor Trabajo le trataba siempre con dureza, como si los chicos solo hubiesen nacido para aprender la lección.

Apenas Narciso hubo pasado una semana en la escuela, le pareció aquella vida insoportable, y determinó escaparse para ir á buscar á su madre, y dejar aquel hombre que le era tan antipático.

Al día siguiente puso por obra su proyecto, y empezó sus peregrinaciones por el mundo, sin llevar consigo mas recurso que unas pocas monedas de cobre que le restaban de las que le había dado su madre, y un poco de pan y queso que había guardado del almuerzo. A poco rato de haber salido del colegio encontró á un hombre de porte grave que caminaba muy despacio.

—Buenos días, hermoso niño, le dijo el desconocido con voz afable, aunque severa. De dónde se viene tan temprano? adónde vais?

Nuestro amiguito era muy franco, y no sabía mentir: vaciló un momento, pero concluyó por confesarle sin rodeos que se había escapado del colegio por la aversión que le inspiraba el señor Trabajo, y que estaba resuelto á recorrer el mundo hasta el último rincón, para no volver á ver ni oír á maestro tan regañón.

—Muy bien, querido mío, le respondió el extranjero, podemos viajar juntos, porque yo tambien estoy descontento del señor Trabajo, y me alegraré

encontremos un sitio en que no oigamos hablar de semejante hombre.

Sin duda Narciso habria preferido para compañero de viaje un chico de su edad con quien poder jugar por el camino, cazar mariposas ó coger flores á orilla del arroyo, pero como era discreto, comprendió fácilmente que no le estaria mal la compañía de un hombre de juicio y de experiencia.

Con esta reflexion aceptó la propuesta del desconocido, y emprendieron su camino como buenos amigos.

Al pasar por un prado vieron como los segadores dallaban la yerba, estendiéndola despues para que se secase. Narciso sintió un gran placer al aspirar el perfume que exhalaban las yerbas aromáticas mezcladas entre el heno, y comparó lo agradable de aquella labor al aire libre, oyendo el murmullo del arroyo y el gorjeo de las aves, con la pesadez de las lecciones que habia recibido encerrado en la escuela bajo la férula del señor Trabajo. Complaciase en estos pensamientos, cuando de repente se agarró de la mano de su compañero de viaje exclamando:

—Huyamos pronto de aquí, porque sino me va á coger.

—Quién? preguntó el extranjero sorprendido.

—El señor Trabajo, contestó Narciso. ¿No le distingue Vd. entre los segadores?

Y el niño señalaba con el dedo á un hombre de alguna edad, que mezclado entre los trabajadores parecia su amo, estimulándoles con su ejemplo. Y por una estraña coincidencia las facciones del granjero parecian las del señor Trabajo, que debia á aquella misma hora entrar en clase.

—Nada tema Vd., le dijo su compañero. Ese no es el maestro de escuela, sino un hermano suyo que es labrador. Dicen que tiene aun peor génio, pero con nosotros no va nada, puesto que no pensamos servirle en su casa de campo.

Narciso sin embargo procuró perder cuanto antes de vista á un hombre que tanto se parecia al señor Trabajo, y llegaron á la entrada de un pueblo donde estaban construyendo una casa. Detúvose á contemplar con qué facilidad y destreza trabajaba toda aquella gente, manejando unos la sierra, estos el martillo, aquellos la piqueta, y no pudo menos de decir á su compañero con qué gusto aprenderia aquellos oficios para construir una casa para sí, adonde no pudiese venir á buscarle el señor Trabajo. Estaban en esta conversacion cuando de repente exclamó Narciso:

—Huyamos pronto! Aquí está otra vez.

—Quién? dijo el extranjero con serenidad.

—El terrible maestro, respondió Narciso, pálido como la cera. Allí está; es aquel que va con una

regla en la mano, midiendo maderas, dando instrucciones á unos operarios, regañando á otros. Es él, no tengo duda alguna.

—Aquel no es el maestro de escuela, dijo tranquilamente el extranjero. Es un hermano suyo que es arquitecto.

—Mucho me alegro que así sea, dijo Narciso, porque la figura de ese hombre me da mucho miedo, pero si Vd. gusta, vámonos de aquí lo mas pronto posible.

Prosiguiendo su camino nuestros viajeros llegó á sus oídos el sonido de tambores y cornetas, y Narciso escitó á su compañero á apresurar el paso, por el gusto que tienen todos los muchachos á ver la tropa. A poco encontraron una compañía de infantería, que perfectamente equipada marchaba con aire marcial.

—De qué buena gana seria yo soldado: dijo Narcisito. A buen seguro que el señor Trabajo no se atreveria entonces ni á mirarme á la cara.

—Firmes, vista á la derecha, gritó una voz fuerte y bronca.

Nuestro amiguito se quedó petrificado, porque aquella voz de mando tenia el mismo metal que la de su viejo maestro. Su admiracion y temor creció de punto, cuando dirigiendo la vista al capitan, vió en él la *vera efigies* del señor Trabajo, á quien no desfiguraba su vistoso uniforme, ni la espada que llevaba en la mano, que á Narciso le parecia todavia la vara del maestro.

—Corramos, exclamó temblando, no sea que quiera engancharnos en su bandera.

—Tambien ahora se equivoca Vd., le dijo su compañero de viaje. Tampoco ese es el maestro á quien teme Vd. tanto: es otro de sus hermanos que es militar. Dicen que es tan severo como la ordenanza, ¿pero á nosotros qué nos importa?

—Bien, repuso el niño, pero vámonos, que me cansa ya ver el ejercicio.

Continuaron su camino, y llegaron á una quinta donde hallaron una sociedad numerosa. Muchachas hermosas, jóvenes alegres bailaban al compás de un violin que tocaba aires deliciosos. Nunca habia visto Narciso cosa mas agradable: aquella fiesta le hacia olvidar todos sus anteriores desengaños. Detengámonos aquí, dijo á su camarada, porque el señor Trabajo no vendrá á asustar con su cara de vinagre á las gentes que se divierten.

Pero estas palabras espiraron en sus lábios al fijar la vista en el músico, verdadero retrato del señor Trabajo, que manejaba el arco con la misma facilidad que la varilla en la escuela. Aunque su aire parecia mas franco, y le invitaba por señas á bailar, aquella semejanza llenaba de pavor á nuestro amiguito.

—Dios mío! murmuró con voz trémula, cualquiera diría que el señor Trabajo está en todas partes. ¿Quién podría figurarse que sabía tocar el violín?

—No es tampoco el maestro de escuela, dijo el extranjero, sino otro de los hermanos, músico de profesion. Por darse tono se hace llamar el señor Placer, pero su nombre verdadero es Trabajo.

—Suplico á Vd. que continuemos nuestro camino, dijo Narciso; me da miedo la cara de este músico.

Prosiguieron su marcha, unas veces por el camino real, otras por senderos estraviados, deteniéndose ya en ciudades populosas, ya en pequeñas aldeas, pero en todas partes se les presentaba como por encanto la imagen del señor Trabajo. Si se paraban en el campo se aparecía como un espantajo: si entraban en alguna casa lo encontraban sentado en la sala: si echaban una ojeada á la cocina, allí tambien estaba su fea persona. En las cabañas parecia el amo, y aunque con algun disimulado disfraz, tambien se ingería en los salones aristocráticos. En todas partes descubria nuestro amigo algun rostro semejante al señor Trabajo, y que segun su compañero era otro de los innumerables miembros de aquella dilatada familia.

Narciso no podia ya mas: se moria de pena, cuando reparó en algunas personas tendidas á la sombra de los árboles á orillas del camino. El pobre muchacho rogó al extranjero que se detuviese un poco para reposar.

—Siquiera aquí estarémos libres del señor Trabajo: á buen seguro que no vendrá, porque no le gusta la gente ociosa.

Iba á sentarse en el grupo, cuando fijando la vista en el que le parecia mas indolente entre aquella gente tirada en la yerba, vió el retrato del señor Trabajo, tan semejante como sacado al daguerrotipo.

—Ya he dicho á Vd. que esta familia es muy numerosa, observó el camarada de Narciso. Es otro de los hermanos, educado en Italia, donde ha contraído esos hábitos de ociosidad, y se le conoce por el apodo del *signor Far-niente*. Pretende que vive con toda comodidad, pero en realidad es el mas miserable de todos.

—Oh! déjeme Vd., déjeme Vd., exclamó Narciso llorando: si todo el mundo es propiedad del Trabajo prefiero volverme á la escuela.

—Héla aquí, dijo su compañero; porque aunque habian corrido mucho espacio, habian caminado haciendo un círculo. Podemos entrar juntos en la escuela.

Aquella voz no le era desconocida: levantó los ojos y vió delante de sí al señor Trabajo, conociendo entonces que aunque habia hecho los mayores esfuer-

zos por separarse de su maestro, siempre éste habia estado á su lado.

Muchos que me han oido referir la historia de Narciso, han creido que el señor Trabajo es algun nigromántico que está en todas partes, disfrazado de uno ú otro modo. Como quiera que sea, el niño no perdió la leccion, y fué desde entonces muy aplicado, porque conoció que la aficion al trabajo es menos penosa que la ociosidad. Y como dijimos al principio, cuando se familiarizó con el señor Trabajo, conoció que sus modales no son tan ásperos como parecen, y aun la sonrisa del viejo la encontró alguna vez tan amable como la de su buena y cariñosa madre.

J. PEREZ.

UNA BUENA ACCION.

—¿Escuchais hijos míos como silba el viento, como la nieve choca en los cristales? decia Cecilia á sus dos hijos Enrique y Adela. ¡Horrible frio! mientras nosotros estamos aquí al abrigo de tan espantosa noche, quizá algunos viajeros estraviados en la selva no tienen otro techado donde guarecerse que las desnudas copas de los árboles.

—Pobres viajeros! exclamaron enternecidos los dos niños.

—Adela, repuso Enrique, vamos á dirigir á Dios nuestra acostumbrada oracion, por los infelices que en este momento se encuentran lejos de sus casas.

—Silencio, dijo su mamá interrumpiéndolos, llaman á la puerta: ¿quién puede venir á estas horas?

—Quizá algun viajero, dijo Adela; corramos.

—Detente, exclamó Cecilia, llama á María, ó á Juan.

—Mientras los despertamos, dijo la niña, porque de seguro duermen cuando ya no han acudido, ¿qué va á ser del pobre que llama?

—Tienes razon, hija mía, vamos pues.

Cecilia habia experimentado algun temor de abrir la puerta sola con sus niños, y no sin razon; esposa del honrado abogado D. Carlos de Santibañez, vivia cerca del Escorial, en una linda casita de campo, con sus dos hijos y los criados, donde su esposo la acompañaba algunas temporadas del año, sujeto en la corte casi siempre por sus infinitos negocios. No era por lo tanto extraño que temiese abrir á las diez de la noche en medio de aquella soledad: llegó á la puerta con los dos niños y preguntó, ¿quién es?

—Un infeliz soldado, á quien faltan las fuerzas para continuar su camino.

Cecilia abrió, y levantando su quinqué, vió un soldado muy jóven, pero tan pálido, tan fatigado, que

apenas podía subir los pocos escalones que conducían á la sala principal. El soldado se detuvo en la puerta, como si temiese entrar con sus zapatos sucios y sus vestidos cubiertos de nieve en aquella habitacion que respiraba limpieza.

—Entrad, entrad, dijeron los niños, no temais.

El jóven militar entró entonces y se dejó caer desfallecido sobre una silla; el frio había embargado sus miembros, y no podía hacer ningun movimiento: aquella caritativa familia instantáneamente se repartió los deberes de cuidarlo, y mientras Enrique le quitaba la cartuchera, el chacó, y hasta la levita, Adela calentaba bayetas para volver el calor á sus entumecidos miembros, y Cecilia le preparaba una taza de sopa y vino azucarado.

—Estais enfermo? le dijo ésta viendo que no tocaba el alimento que le había puesto delante, y solo le daba las gracias con una sonrisa triste.

—Sí señora, acabo de salir del hospital; he recibido orden de reunirme á mi regimiento, estoy aun muy débil, y mis piés, poco acostumbrados á estas marchas, se han llenado de heridas, y me hacen sufrir horriblemente. Al pronunciar estas palabras los ojos del jóven (tenía apenas diez y ocho años) se llenaron de lágrimas.

—Mamá, dijo Adela, vamos por agua templada para bañar sus piés; le pondremos bálsamo en ellos; y la niña casi arrastró á su madre fuera de la habitacion.

Volviéron á poco con el agua preparada, en la que Cecilia había puesto tomillo, laurel y flor de sauco. Adela se arrodilló delante del soldado, y ella misma le ayudó á lavar las numerosas heridas que tenían sus piés; él entonces inclinándose profundamente conmovido, besó con respeto su blonda cabeza exclamando:

—Angel hermoso, Dios que paga las deudas de los pobres, os recompensará el bien que me haceis!

Reanimado con tantos cuidados, se fué á reposar al lecho, que la misma Cecilia había preparado, y durmió tranquilamente, hasta que por la mañana le despertaron los alegres ecos de los niños que venían á ofrecerle una taza de caldo. El jóven se detuvo algunos dias en aquella casa hospitalaria, y si la abandonó antes de su total restablecimiento, fué porque órdenes terminantes le obligaban á reunirse á sus compañeros, que en breve iban á partir para América. Llorando se despidió de aquella virtuosa familia.

—Señora, dijo besando con efusion la mano de Cecilia, mientras me dure la vida me acordaré de vuestras bondades, y á vosotros, hermosos niños, jamás os olvidaré.

—Ni nosotros á vos, exclamaron á la vez Adela y Enrique.

—Sois jóven, repuso Cecilia, instruido, quizá al

volver de América vuestros hombros ostentarán las charreteras, y vuestro pecho alguna cruz.

Al partir el soldado dejó á los niños un libro, única cosa que poseía, en el cual escribió su nombre: Rafael Ceballos.

A los pocos dias de haberse ausentado el jóven Rafael, vino Santibañez á pasar una temporada con su familia; cuando su esposa le refirió la buena accion que sus hijos habían ejecutado en favor del pobre soldado enfermo, los abrazó repetidas veces, elogiando su buen corazon.

Algunos años despues la desgracia se encarnizó con estos hermosos niños. Establecidos en Madrid al lado de sus padres, un accidente les arrebató repentinamente al honrado Santibañez, y Cecilia, que amaba tiernamente á su esposo, no tardó en seguirle á la tumba, dejando á sus dos hijos en la mas triste orfandad.

Don Carlos de Santibañez no era rico, así es que despues de pagados los funerales y demas gastos de entierro de ambos esposos, los pobres niños se encontraron sin el menor recurso. Algunos amigos de su padre colocaron á Enrique en una casa de comercio, y á Adela en una tienda de modas: el niño tenía solo quince años y la niña trece, pero el infortunio había iluminado antes de tiempo la razon de los pobres huérfanos.

Enrique ponía el mayor interés en su instruccion comercial, pensando únicamente en poder ser útil á su hermana. Todos los dias festivos, únicos que tenía libres, iba á buscarla, y despues de dirigirse al templo á orar por sus difuntos padres, la conducía al paseo que ella prefiriese.

Un dia, dos años despues de la pérdida de su madre, Enrique fué muy contento á buscar á su hermana y la dijo:

—Hoy sí que te va á gustar el paseo; te voy á llevar á Carabanchel.

Entonces la esplicó como su principal le había encargado llevase allí una carta para una señora que habitaba una hermosa quinta. Ambos jóvenes tomaron la diligencia y se dirigieron á la casa citada; fueron introducidos en un elegante comedor, donde una señora anciana estaba comiendo en compañía de un jóven oficial.

Interin la señora leía la carta, el oficial les ofrecía algunas frutas, y dulces de los postres, preguntándolos como se llamaban.

—Enrique de Santibañez, y mi hermana Adela, contestó el niño.

En el rostro del oficial se pintó una gran sorpresa y exclamó:

—Es extraño; yo conocí hace tiempo dos hermosos niños que llevaban vuestros mismos nombres, y

vivian en compañía de su virtuosa madre. ¡Pobre Cecilia!

—Así se llamaba la nuestra, exclamó Enrique.

—Cómo, continuó el oficial, ¿habeis vivido por ventura en el pueblo del Escorial? seríais hijos de don Carlos de Santibañez?

—Sí, señor, ese fué nuestro padre; él y mi madre han muerto.

—Es posible? Madre mia, dijo entonces el caballero llevando á los dos hermanos al lado de la señora anciana; estos son los niños de que tantas veces os he hablado, y que con tanta solicitud me cuidaron antes de mi partida á América. Miradme! no me reconocéis? Yo soy aquel soldado que tantos cuidados os mereció, aquel que recibísteis con tanto amor bajo vuestro mismo techo; Rafael Ceballos.

Los niños le miraban asombrados: no podían reconocer en este oficial alto, grueso, tostado por el sol, al jóven soldado que pálido y desfallecido llegó á las puertas de su casa.

—Sí, soy yo, repuso Rafael; como vuestra madre adivinó, he vuelto de América oficial y condecorado, y mi pobre madre, á quien dejé en el mayor desamparo, la he encontrado rica por una inesperada herencia. Dios me reúne hoy á vosotros para que os haga partícipes de mi felicidad, porque ya no nos separaremos nunca.

En el momento la madre de Rafael envió recado á las casas de Adela y Enrique, diciendo que ella se encargaba del porvenir de los dos huérfanos.

Enrique fué desde aquel día dueño de seguir la carrera de su padre, á la que mostraba grande afición, y en cuanto Adela, la venerable anciana tan solo deseaba poder darla el dulce nombre de hija, casándola con Rafael.

Frecuentemente los dos hermanos se deshacían en llanto de gratitud ante su bienhechora, quien consolándoles les decía:

—No me deis las gracias; dádselas á Dios, que no deja nunca sin recompensa una buena acción.

JUANA DE OLIVARES

LABORES.

Bien comprendo, Sofia, que no es esta la estación mas á propósito para empezar nuevas labores, porque las horas mas gratas para trabajar son tambien las únicas en que se puede disfrutar algun recreo, y no soy tan injusta que pretenda arrebatártelas á las distracciones del campo ó de la sociedad, para que las ocupes en una labor bonita, pero quizá innecesaria.

Al leer estas reflexiones mías, creerás que este mes no te mando modelo ninguno, y por el contrario, te envío dos; un bolsillo de punto de aguja y un limpia-plumas de crochet. ¿Y por qué no? Te los mando, porque esos modelos aumentarán tu coleccion, sin exigirte que te ocupes de ellos inmediatamente, y como amigos verdaderos te prestarán sus servicios cuando tú se lo pidas; despues, porque una jóven laboriosa como tú, necesita en todas estaciones una ó dos labores que, lejos de molestarla, le proporcionan un entretenimiento agradable.

Ocupémonos del bolsillo que va en primer lugar, el que se hace á lo largo con torzal del color que te guste y cuentas de acero: la esplicacion es como sigue:

Bolsillo de punto de aguja.

Primeramente cuando tengas devanado el torzal, engarzas en él dos macillos de aceros, y ponés sobre la primera aguja 50 puntos.

Todas las vueltas se hacen del revés.

1.^a *Vuelta*.—1 meng., 1 trab., y lo mismo toda la vuelta.

2.^a—* 1 meng., 1 trab., en la que dejas nueve cuentas, 1 meng., 1 trab., sin cuentas, y se repite desde la señal * hasta el fin de la vuelta.

3.^a—* 1 meng., 1 trab., se repite desde la señal *

4.^a—* 1 meng., 1 trab., con ocho cuentas, 1 meng., 1 trab., y se repite *

5.^a—* 1 meng., 1 trab. *

6.^a—* 1 meng., 1 trab., con siete cuentas, 1 meng., 1 trab. *

7.^a—* 1 meng., 1 trab. *

8.^a—* 1 meng., 1 trab., con seis cuentas, 1 meng., 1 trab. *

9.^a—* 1 meng., 1 trab. *

10.^a—* 1 meng., 1 trab., con cinco cuentas, 1 meng., 1 trab. *

11.^a—* 1 meng., 1 trab. *

12.^a—* 1 meng., 1 trab., con cuatro cuentas, 1 meng., 1 trab. *

13.^a—* 1 meng., 1 trab. *

14.^a—* 1 meng., 1 trab., con tres cuentas, 1 meng., 1 trab. *

15.^a—* 1 meng., 1 trab. *

- 16.—* 1 meng., 1 trab., con dos cuentas, 1 meng., 1 trab. *
- 17.—* 1 meng., 1 trab. *
- 18.—* 1 meng., 1 trab., con una cuenta, 1 meng., 1 trab. *
- 19.—* 1 meng., 1 trab. *
- 20.—* 1 meng., 1 trab., sin cuentas, 1 meng., 1 trab., con nueve cuentas, y se vuelve á la señal. *
- 21.—* 1 meng., 1 trab. *
- 22.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con ocho cuentas. *
- 23.—* 1 meng., 1 trab. *
- 24.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con siete cuentas. *
- 25.—* 1 meng., 1 trab. *
- 26.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con seis cuentas. *
- 27.—* 1 meng., 1 trab. *
- 28.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con cinco cuentas. *
- 29.—* 1 meng., 1 trab. *
- 30.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con cuatro cuentas. *
- 31.—* 1 meng., 1 trab. *
- 32.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con tres cuentas. *
- 33.—* 1 meng., 1 trab. *
- 34.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con dos cuentas. *
- 35.—* 1 meng., 1 trab. *
- 36.—* 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., con una cuenta. *

Vuelves á repetir desde la primera vuelta hasta que el bolsillo tenga un ancho conveniente: entonces le cierras á punto por encima, dejando en medio abertura, y frunces las esquinas poniendo en cada una una borla elegante.

El limpia-plumas de crochet se hace con torzal ó estambre fino, y con dos colores que casen bien. Supongamos que eliges color de ceniza para el fondo y carmesí para formar la estrella; principia con el carmesí haciendo cinco puntos y uniéndolo el primero con el último para trabajar en redondo: en cuanto hayas hecho esa primera vuelta colocarás un alambre finito, sobre el que seguirás haciendo todas las demas, sirviéndoles el alambre de armadura, como ya sabes que nos ha servido en otras varias labores. Creo desde luego, que ninguna duda te ocurre para obtener los rayos de la estrella, que como ves están inclinados hácia un

lado, y que comprendes que eso resulta de quitar un punto en cada vuelta á la derecha del rayo, aumentándole á la izquierda; en todos lo mismo. La cenefa se compone sencillamente de una cadeneta carmesí, la que irás sujetando de trecho en trecho para que forme ondas, y otra del color del fondo, que la sujetarás en la mitad del espacio de la onda anterior.

Ya tienes concluida esta linda labor, y solo te resta fijar debajo de ella dos ó tres círculos de paño, que sobresaldrán progresivamente; lo cual te marca el círculo exterior del modelo; y en medio de la estrella un agarradero, que allí ves mostrado con la cabecita de un perro, y que si no quieres incomodarte en buscarlo, puedes sustituir con un botón, forrado también de crochet.

He aquí esplicadas nuestras labores de hoy: en cuanto al pliego de dibujos del 31 del pasado poco puedo decirte. Ya sabes que la manteleta que en él iba debes bordarla con cordoncillo, y los bodequitos que muestra el dibujo con cuentas de azabache, ó cordoncillo hecho nuditos.

El babero que estaba marcado con el núm. 4 te le recomiendo por su forma nueva: este babero no se cierra por detrás como los que generalmente usan los niños, sino que se cose la punta superior de él con la que se marca en la parte inferior del babero, y de este modo se obtiene una bocamanga por la que el niño pasa su bracito.

Adios, y hasta Setiembre, cuyo mes nos ofrecerá consoladoras brisas que nos animarán en nuestras tareas.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

TEATROS.

Con la reaparición de la Amalia Ramírez, la perla de la Zarzuela, como la nombran sus apasionados, el teatro del *Circo* ha vuelto á tomar vida y animación, atrayendo á la Plazuela del Rey los restos de la buena sociedad que por precisión ó razones poderosas se ha resignado á disfrutar del delicioso polvo que Madrid ofrece á sus moradores en los meses caniculares. No se han escaseado á la simpática actriz las delicadas flores que la estación ofrece, ni en el *Grumete* y *Guerra á muerte* los aplausos, que ha compartido con el señor Obregon.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.